



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA SAN FELICE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AVDA. 1425 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO PRIMERO

La victoria

CHAMPIONNET, volviéndose hacia el ayudante Villeneuve, le dijo:

— ¿Veis desde aquí á Macdonald?

— No solamente le veo, general, sino que le admiro.

— Y hacéis bien. Es un hermoso estudio para los jóvenes. He ahí cómo hay que ser en el fuego.

— Vos sois un maestro, general, dijo Villeneuve.

— Pues bien, id á donde está él, decidle que se mantenga firme media hora más, y la jornada es nuestra.

— ¿Sin más explicación?

— No, sólo añadiréis que tan luego como vea manifestarse entre los napolitanos cierto desorden,

cuya causa no podrá comprender, se forme de nuevo en columna de ataque y se lance á la carga. Estos dos señores os seguirán, continuó Championnet dirigiéndose á dos jóvenes oficiales que aguardaban con impaciencia sus órdenes, y en caso de que os sucediera alguna desgracia, ellos os suplirán; en caso contrario, uno de ellos irá á la columna de Duhesme y el otro á los cuadros de la izquierda, á dar la misma orden, añadiendo solamente: «El general responde de todo.»

Los tres oficiales, orgullosos de haber merecido la elección del general, salieron á galope para desempeñar su comisión. Siguiólos Championnet con la vista, y los vió llegar por en medio del fuego al término de su carrera.

— ¡Valiente juventud! murmuró; con hombres como éstos bien torpe sería el que se dejase vencer.

Entretanto las dos divisiones republicanas adelantaban rápidamente con la caballería á la cabeza de las columnas, sin que nada anunciase su proximidad á los napolitanos, sobre los que no tardarían en caer de improviso.

De repente, sobre los dos flancos del ejército realista, las trompetas de los republicanos tocaban la carga, y como dos aludes, la caballería de las dos divisiones derribaba cuanto se oponía á su paso,

penetrando en la masa compacta de los enemigos y abriendo en medio de ella un camino á la infantería, mientras tres piezas ligeras la ametrallaban.

Sucedió lo que Championnet había previsto, no sabiendo los napolitanos de dónde venían aquellos adversarios que parecían caer del cielo, empezaron á desbandarse. Macdonald y Duhesme reconocían en la vacilación del enemigo y en lo amortiguado de sus fuegos que pasaba en sus filas algo extraordinario é imprevisto, que podía ser lo que Championnet había indicado, y que aquel era el momento de ejecutar sus instrucciones. En consecuencia de esto, Macdonald y Duhesme deshicieron sus cuadros, y los otros jefes hicieron lo mismo, convirtiéndose en columnas que se soldaron unas á otras como los anillos de tres inmensas serpientes: el terrible paso de carga resonó, bajáronse las amenazadoras bayonetas, atronaron el aire los gritos de « ¡Viva la República! » y ante la irresistible furia francesa, los napolitanos se retiraron.

— ¡Amigos! exclamó Championnet dirigiéndose á los quinientos ó seiscientos hombres que formaban su reserva, no se diga que nuestros hermanos vencen á nuestra vista, sin que tomemos parte en la victoria. ¡Adelante!

Y seguido de aquellos valientes, él también

fué á abrir su brecha en la muralla humana.

En medio de aquel inmenso desorden estuvo á punto de suceder una gran desgracia. Después de haber arrollado cada cual por su parte á los napolitanos, como la cuña divide la madera del árbol que abre, los dragones de Kellermann y los polacos de Kniasewitch, que venían de Rieti, encontráronse y se creyeron enemigos: los dragones alzaron los sables, los polacos enristraron las lanzas, cuando repentinamente dos jóvenes se precipitaron en el espacio que separaba á los combatientes, exclamando á un tiempo:

— ¡Viva la República!

Y se abrazaron estrechamente.

Eran Héctor Caraffa, de la parte de Kellermann, y Salvato Palmieri, de la de Kniasewitch, que venía de Nápoles para reunirse á su general, y que se encontró en el camino con los polacos y la legión romana. Los dos, después de un largo reposo, guiados por su valor y por su odio, se habían puesto en las primeras filas, y luchando con igual ardor, como segadores que partiendo de las opuestas extremidades de su campo de trigo, se encuentran en medio de él, así se encontraron en medio del ejército napolitano, reconociéndose á tiempo para impedir que vinieran á las manos polacos y franceses.

Si por la exposición que hemos hecho de ellos, se ha podido formar una idea exacta del carácter de estos dos jóvenes, se comprenderá cuán pura y profunda era su alegría, después de dos meses de separación, al abrazarse en medio del mágico grito de diez mil voces que repetían: « ¡Victoria! ¡ victoria! »

En efecto, la victoria era completa; las tres columnas de Duhesme y Macdonald como las de Kellermann y Kniasewitch, penetraron hasta el corazón del ejército napolitano derribando cuanto se oponía á su paso. Championnet llegó á tiempo para acabar la derrota, que fué terrible, insensata, inaudita. Treinta mil napolitanos vencidos, dispersos, huían en todas direcciones ante doce mil franceses vencedores, que habían combinado todos sus movimientos con implacable sangre fría, para destruir de un solo golpe un enemigo tres veces más fuerte que ellos.

Los jefes se reunieron en medio de aquel espantoso derrumbamiento de muertos, moribundos, heridos, de cañones abandonados, furgones entreabiertos, armas esparcidas por el suelo, y prisioneros rindiéndose por miles. Championnet estrechó en sus brazos á Salvato y á Héctor, y los nombró generales de brigada sobre el campo de batalla, dejándoles, en unión de Macdonald y Duhesme, los honores de una victoria que él había dirigido. Dió

un apretón de manos á Kellermann, á Kniasewitch y Pignatelli, diciéndoles que por ellos estaba Roma salvada; pero que no era bastante salvar á Roma, que había que conquistar Nápoles, y por lo tanto no se debía dar ningún reposo á los napolitanos, sino por el contrario, perseguirlos obstinadamente, y cortar, si posible era, los desfiladeros de los Abruzzos al rey de Nápoles y á su ejército.

En consecuencia del plan que acababa de exponer á sus tenientes, Championnet dió orden á los cuerpos menos fatigados de ponerse en marcha y perseguir ó adelantar, si era posible, al enemigo. Salvato y Héctor se ofrecieron á servir de guías á los cuerpos que debían invadir el reino de Nápoles. Championnet aceptó. Mathieu y Duhesme recibieron el mando de las dos vanguardias, que debían avanzar, una por Albano y Terracina, y la otra por Tagliacozzo y Sara, llevando á sus órdenes á Kniasewitch y Pignatelli, Lemaire, Rusca y Casabianca. Championnet y Kellermann, reuniendo los diferentes cuerpos esparcidos, debían reunirse al paso con Lahure y Regnano, y entrar en Roma para restablecer el gobierno republicano, y siguiendo después lo más rápidamente posible sus vanguardias, dirigirse sobre Nápoles.

Este consejo se celebró á caballo, al aire libre y

en medio de la sangre. Después se ocuparon en recoger los trofeos de la victoria.

Tres mil muertos y otros tantos heridos cubrían el campo. Cinco mil prisioneros fueron conducidos á Civita-Castellana; recogieron ocho mil fusiles, treinta cañones, sesenta cajas de municiones con sus caballos, justificando así la predicción de Championnet de que con dos millones de cartuchos á diez mil franceses no le faltarían nunca cañones, y para completar la fiesta, en medio de todos los despojos del enemigo, se encontró Championnet con dos carros cargados de oro.

Era el tesoro del ejército realista, que ascendía á siete millones de francos.

Una parte de las letras giradas por sir Guillermo sobre el banco de Inglaterra, endosadas por Nelsón y descontadas por los Backer, sirvieron para pagar los sueldos atrasados del ejército de la República.

Cada soldado recibió cien francos, lo que ascendió á un millón doscientos mil. La parte de los muertos se repartió á los vivos. Cada cabo recibió ciento veinte francos, cada sargento ciento cincuenta, cada subteniente cuatrocientos, cada teniente seiscientos, cada capitán mil, cada coronel mil quinientos, cada general de brigada dos mil quinientos, y los generales de división á cuatro mil.

La distribución se hizo aquella misma noche á la luz de las antorchas por el pagador del ejército, que no se había visto con tanto dinero desde la entrada en campaña en 1792.

Un millón quinientos mil francos se reservaron para comprar uniformes y zapatos al ejército, y cerca de cuatro millones que quedaban se mandaron á Francia.

En la carta dirigida al Directorio por Championnet anunciándole la victoria y los nombres de los que se habían distinguido, daba cuenta de los tres millones y medio de que había dispuesto, y pedía á los señores directores que le autorizasen á tomar para sí cuatro mil francos, como había dado á los otros generales, porque él no había querido tomar nada para sí. Aquella fué noche de fiesta. Los heridos ahogaban en el pecho sus lamentos por no entristecer á sus compañeros de armas. Los muertos fueron olvidados. ¡No podían darse por contentos con morir en un día de victoria!

El rey seguía en Roma y había vuelto á tomar sus costumbres de Nápoles. El mismo día de la batalla fué con una escolta de trescientos hombres á la caza de jabalí á Cornetto, y como no había podido reunir en Roma una buena jauría, hizo venir la suya de Nápoles por la posta.

La noche antes había recibido un despacho de Mack, fechado en Baccano, á las dos de la tarde, que decía así :

« Señor :

» Tengo el honor de anunciar á V. M. que he atacado la vanguardia francesa que después de una vigorosa resistencia ha sido destruída. El enemigo ha perdido cincuenta hombres, en tanto que la divina Providencia ha permitido que solamente tengamos dos heridos y un muerto.

» Me aseguran que Championnet tiene la audacia de esperarme en Cívita-Castellana : mañana temprano me pondré en marcha, y si no se retira, lo aplastaré. Á las ocho de la mañana V. M. oirá mi cañón, ó por mejor decir el suyo, y podrá decir : « La danza ha comenzado ! »

» Esta noche se pone en marcha un cuerpo de cuatro mil hombres para forzar los desfiladeros de Ascoli, y al romper el día otro de la misma fuerza forzará los de Terni, y cogerá al enemigo por detrás, mientras yo lo ataco de frente.

» Mañana, si Dios quiere, V. M. recibirá buenas noticias de Cívita-Castellana, y si va al teatro, podrá anunciar en un entreacto, que

los franceses han evacuado los Estados romanos.

» Tengo el honor de ser con el mayor respeto,

» De V. M., etc.

» BARÓN MACK. »

Esta carta fué muy agradable para el rey: la recibió á los postres y la leyó en voz alta; después jugó y ganó cien ducados al marqués de Malaspina, lo que le alegró mucho, porque sabía que el marqués era pobre. Luego se acostó y pasó la noche en un sueño. Á las seis y media de la mañana se levantó y se fué á cazar á Cornetto, donde llegó á las diez, y oyendo el cañoneo, dijo:

— Mack aplasta á Championnet; la danza ha empezado.

Cazó y mató con su real mano tres jabalíes, volvióse muy contento; pero al pasar por el castillo de San Angelo, la vista de la bandera tricolor le hizo fruncir el gesto. Recompensó y regaló á su escolta, y anunció que honraria con su presencia el teatro Argentino, donde representaban *El matrimonio secreto* de Cimarosa, y un baile de circunstancias titulado *La entrada de Alejandro en Babilonia*.

Ya se comprende que el rey Fernando era Alejandro.

Comió el rey con buen apetito rodeado de sus familiares el de Ascoli, Malaspina, el de Salahandra, el gran montero, á quien había hecho venir de Nápoles con sus perros, su escudero mayor, el príncipe de Migliano, sus dos gentileshombres de cámara, y por último, su confesor monseñor Rossi, arzobispo de Nicosia, que todas las mañanas le decía una misa rezada y cada ocho días le daba la absolución.

Á las ocho, S. M. fué en coche al teatro Argentino, iluminado á *giorno*, donde le habían preparado un magnífico palco con una mesa servida en el salón que le precedía, á fin de que en el entre-acto de la ópera al baile, pudiera comer su *macaroni* como hacia en Nápoles; y como había corrido la voz de que se añadiría este espectáculo al anunciado en los carteles, el teatro rebosaba de gente.

Al entrar el rey en el palco fué saludado con los más vivos aplausos.

Su Majestad había tenido cuidado de advertir que le enviaran al teatro los correos que llegaran del general Mack, y el administrador del teatro estaba prevenido y vestido de gala para salir á la escena y anunciar que los franceses habían evacuado los Estados romanos, tan pronto como se le avisara.

El rey escuchó la obra maestra de Cimarosa con

una distracción que no podía ocultar; siempre fué poco asequible á los encantos de la música; pero aquella noche lo era mucho menos. Los cañonazos de la mañana resonaban en su oído, y más atención prestaba á los rumores del corredor que al canto y á la música de la escena.

Cayó el telón en medio de generales aplausos, y llamaron á la escena al soprano Velutti, que, aunque tenía cuarenta años y estaba muy arrugado, representaba todavía perfectamente los papeles de enamorada: adelantóse modestamente con el abanico en la mano y los ojos bajos, como si se ruborizase por el aplauso que recibía, é hizo sus tres reverencias al público. Entretanto, dos lacayos con magníficas libreas entraron en el palco real en que estaba servida la cena: entre dos candelabros, en cada uno de los cuales ardían veinte bujías, se alzaba un gigantesco plato de macarrones, cubierto de una apetitosa salsa de tomate.

Hábale llegado al rey el turno de dar su representación.

Adelantóse S. M. al antepecho del palco, y con su acostumbrada pantomima, anunció al público romano que iba á tener el honor de verle comer su macarrón á la manera de los polichinelas.

Menos expansivo que el napolitano, el público de

Roma acogió este anuncio mímico con bastante frialdad; pero el rey hizo á los espectadores una seña que quería decir: « No sabéis lo que vais á ver; cuando lo hayáis visto, quedaréis estupefactos. »

Y volviéndose, dijo al duque de Ascoli:

— Paréceme que hay intriga en el patio.

— En ese caso será solo un enemigo más á quien habrá de vencer V. M., respondió el cortesano, y eso no debe inquietarle.

El rey dió gracias á su amigo con una sonrisa, tomó el plato de macarrones en una mano, adelantóse al antepecho del palco, operó con la otra mano la mezcla de la salsa de tomate y de la pasta, abrió una desmesurada boca y, cogiendo los macarrones con aquella mano que desdeñaba el tenedor, levantóla en alto, echó atrás la cabeza y empezó á introducir en su garganta una verdadera cascada de macarrones.

Al ver esto los romanos, tan graves y que habían conservado de la dignidad real una idea tan alta, se echaron á reir. No era un rey lo que tenían ante sus ojos, era Pasquín Marforio, era un payaso, menos que eso, era el bufón Osque Polichinela.

Animado con las risas, que tomó por aplausos, el rey había tragado ya la mitad de los macarrones

que había en la fuente, y se disponía á engullir el resto, empezando á tragar la tercera cascada, cuando de repente se abrió la puerta del palco con un estruendo tan fuera de todas las reglas de la etiqueta, que, girando sobre los talones, con la boca abierta y la mano levantada al aire, se volvió para ver quién era el malaconsejado que tenía la avilantez de interrumpirlo en medio de su importantísima ocupación.

Aquel audaz malaconsejado no era sino Mack en persona; pero tan pálido, espantado y cubierto de polvo, que sin preguntarle qué noticias le trafa, el rey dejó caer la fuente de los macarrones, limpióse las manos con el pañuelo, y le dijo:

— ¿Es que?...

— En efecto, señor... respondió Mack.

Se habían comprendido.

El rey se lanzó fuera del palco y cerró la puerta tras sí.

— Señor, le dijo el general, he abandonado el campo de batalla para decir á V. M. que no tiene un instante que perder.

— ¿Para qué? preguntó el rey.

— Para salir de Roma.

— ¿De Roma!

— Sino, corréis el riesgo de que los franceses

estén antes que nosotros en el desfiladero de los Abruzzos.

— ¡Los franceses antes que yo en los Abruzzos!
¡Malhaya San Gennaro! ¡Ascoli! ¡Ascoli!

El duque entró en el salón.

— Di á los otros que se queden en el palco hasta el fin de la función; importa que los vean para que no sospechen nada. Y tú, sígueme.

El duque de Ascoli transmitió la orden á los cortesanos, que estaban inquietos al ver lo que pasaba, pero lejos aún de sospechar la verdad. Ascoli salió detrás del rey, que iba á escape por el pasadizo gritando:

— ¡Ascoli! ¡Ascoli! ¿No vienes, imbécil? ¿No has oído que el ilustre Mack dice que no hay un instante que perder, si no queremos que esos hijos de... franceses estén antes que nosotros en Sora?

CAPÍTULO II

La vuelta

Mack había temido con razón la rapidez de los movimientos del ejército francés: en la noche que siguió á la batalla, las dos vanguardias, guiadas, una por Salvato Palmieri y la otra por Héctor Carraffa, habían tomado ya el camino de Civita-Ducale con la esperanza de llegar, una á Sora por Tagliacozzo y Capistrello, y la otra á Ceprano por Tívoli, Palestrina, Valmontone y Forentina, y de cerrar así á los napolitanos el desfiladero de los Abruzzos.

En cuanto á Championnet, una vez terminados sus asuntos en Roma, debía tomar el camino de Velletri y de Terracina por las lagunas Pontinas.

Al rayar el día, después de haber comunicado á Lemoine y Casabianca noticias de la victoria de la vispera y haberles mandado marchar sobre Civita-Ducale para reunirse con el cuerpo de ejército de Macdonald y de Duhesme y tomar con ellos el ca-

mino de Nápoles, el general en jefe partió con seis mil caballos para entrar en Roma; anduvo veinticinco millas en un día, acampó en Storta, y al siguiente día á las ocho de la mañana se presentó en la puerta del Pueblo, entró en Roma al ruido de las salvas de artillería que disparaba el castillo de San Angelo, siguió la orilla izquierda del Tiber y llegó al palacio Corsini, donde, conforme le había prometido el barón de Riescach, encontró cada cosa en el mismo puesto que la había dejado.

En el mismo día mandó fijar en las esquinas de la capital la siguiente proclama:

« Romanos:

» Os había prometido estar de vuelta en Roma antes de veinte días; os cumplí mi palabra, pues vuelvo á los diez y siete.

» El ejército del déspota napolitano ha osado presentar batalla al ejército francés.

» Un solo combate ha bastado para exterminarlo, y desde lo alto de vuestros baluartes, podéis ver los restos de ese ejército huir hacia Nápoles, donde los precederán nuestras legiones victoriosas.

» Tres mil muertos y cinco mil heridos yacían ayer sobre el campo de batalla de Civita-Castellana: los muertos tendrán la honrosa sepultura del

soldado muerto en el campo de batalla, es decir, el campo de batalla mismo; los heridos serán tratados como hermanos; ¡acaso no lo son todos los hombres á los ojos del Eterno que los ha creado!

» Los trofeos de nuestra victoria son cinco mil prisioneros, ocho banderas, cuarenta y dos piezas de artillería, ocho mil fusiles, todas las municiones, todos los bagajes, todos los efectos del campamento, y por último, el tesoro del ejército napolitano.

» El rey de Nápoles ha emprendido la fuga en dirección de su capital, donde entrará cubierto de vergüenza, acompañado de las maldiciones de su pueblo y del desprecio de todo el mundo.

« Una vez más el Dios de los ejércitos ha bendecido nuestra causa. — ¡ Viva la República!

» CHAMPIONNET. »

El mismo día, el gobierno republicano quedó restablecido en Roma; los dos cónsules Mattei y Zaccalone, que tan milagrosamente escaparon á la muerte, habían recobrado sus puestos, y en el sitio que ocupara el sepulcro de Duphot, destruido, para vergüenza de la humanidad, por la población romana, levantóse un sarcófago donde, á falta de sus nobles

restos, echados á los perros, inscribióse su glorioso nombre.

Conforme lo había dicho Championnet, el rey de Nápoles había huído: pero como ciertas partes de este extraño carácter quedarían desconocidas á nuestros lectores, si, como Championnet en su proclama, nos contentásemos con indicar este hecho, les pediremos permiso para acompañarle en su fuga.

En la puerta del teatro Argentino, Fernando había hallado su carruaje y se había lanzado dentro con Mack, gritando á Ascoli que subiese tras ellos.

Mack se había sentado respetuosamente en el asiento de delante.

— Colocaos en el fondo, general, le dijo el rey, no pudiendo renunciar á sus costumbres burlonas y no pensando que se burlaba de sí mismo. Me parece que tendréis aún mucho camino que andar hacia atrás para que empecéis antes que sea absolutamente necesario.

Mack suspiró y se sentó junto al rey.

El duque de Ascoli se sentó al vidrio.

Detuviéronse en el palacio Farnesio. Un correo acababa de llegar de Viena, trayendo un despacho del emperador, que el rey se apresuró á leer.

» Mi muy querido hermano, primo, tío, cuñado, aliado y confederado.

» Dejadme felicitaros sinceramente por los prósperos sucesos de vuestras armas y vuestra triunfal entrada en Roma. »

El rey no leyó más.

— ¡ Ah, bueno! dijo, he aquí uno que llega á tiempo.

Metióse el despacho en el bolsillo.

Mirando en torno suyo, dijo después:

— ¿ Dónde está el correo que ha traído esta carta?

— Heme aquí, señor.

— ¿ Eres tú, amigo mío? Toma por tu trabajo, dijo el rey dándole un bolsillo.

— ¿ Me hará V. M. el honor de darme una respuesta para mi augusto soberano?

— Ciertamente; sólo que te la daré verbal, porque no tengo tiempo de escribirla. ¿ No es verdad, Mack, que no tengo tiempo?

Mack bajó la cabeza.

— Poco importa, dijo el correo, puedo responder á Vuestra Majestad de mi memoria.

— ¿ De modo que estás bien seguro de repetir á tu augusto soberano lo que voy á decirte?

— Sin cambiar una sílaba.

— Pues bien, dile de mi parte... ¿ entiendes bien? de mi parte...

— Entiendo, señor.

— Dile que su hermano, primo, tío, cuñado, aliado y confederado es un borrico.

El correo se retiró atrás espantado.

— No cambies ni una sílaba, repitió el rey, y habrás dicho la mayor verdad que jamás salió de tu boca.

El correo se retiró estupefacto.

— Y ahora, dijo el rey, supuesto que ya he dicho al emperador de Austria cuanto tenía que decirle, partamos.

— Me atreveré á advertir á V. M., dijo Mack, que no es prudente atravesar la llanura de Roma en carruaje.

— ¿ Y cómo queréis que la atraviese, á pie?

— Á caballo.

— ¿ Á caballo? ¿ y por qué?

— Porque en carruaje V. M. se verá obligado á seguir el camino real, mientras que á caballo, en caso necesario, podrá V. M. tomar el atajo. Siendo excelente jinete y montado en un buen caballo, V. M. no tendrá que temer los malos encuentros.

— ¡ Ah! ¡ malora! exclamó el rey, ¿ conque puedo temer aún los encuentros?

— No es probable; pero debo decir á V. M. que esos infames jacobinos se han atrevido á jurar que si el rey caía en sus manos...

— ¿Qué?...

— Lo ahorcarían de un farol, si era en una ciudad, ó del primer árbol que hallasen, si era en el campo.

— ¡ Huyamos, Ascoli, huyamos !... ¿ Qué hacéis vosotros ahí, holgazanes ? ¡ Dos caballos, dos caballos ! Los mejores. Sin embargo, no podemos ir hasta Nápoles á caballo.

— En Albano, dijo Mack, podréis tomar una silla de posta cualquiera.

— Tenéis razón. ¡ Un par de botas ! Yo no puedo correr la posta con medias de seda. ¡ Un par de botas ! ¿ Oyes, imbécil ?

Un lacayo corrió á la escalera y volvió á poco con un par de botas de montar.

Fernando se puso las botas dentro del carruaje, sin inquietarse por su amigo Ascoli, como si no existiera en el mundo.

En el momento en que acababa de ponerse su segunda bota trajeron los caballos.

— ¡ Á caballo, Ascoli, á caballo ! ¿ Qué haces en un rincón del coche ? ¡ Creo, Dios me perdone, que te has dormido !

— Diez hombres de escolta, gritó Mack, y una capa para S. M.

— Sí, dijo el rey, montando á caballo ; diez hombres de escolta y una capa para mí.

Trajéronle una capa en la que se embozó.

Mack montó á caballo.

— Como no estaré tranquilo hasta que S. M. esté fuera de Roma, le pido permiso de acompañarle hasta la puerta de San Juan.

— ¿ Creéis que tenga algo que temer en la ciudad, general ?

— Supongamos... lo que no debe suponerse.

— ¡ Diablo ! dijo el rey, no importa ; supongamos siempre.

— Supongamos que Championnet haya tenido tiempo de advertir al comandante del castillo de San Angelo, y que los jacobinos guarden las puertas.

— ¡ Es posible, exclamó el rey, es posible ! partamos.

— Partamos, dijo Mack.

— ¿ Adónde vais, general ?

— Os conduzco, señor, á la única puerta de la ciudad por la cual nadie sospechará que vais á salir, por ser la opuesta al camino de Nápoles ; os conduzco á la puerta del Pueblo, que es además la más próxima. Una vez fuera de Roma, rodearemos el recinto, y en un cuarto de hora estaremos en la puerta de San Juan.

— Preciso es que esos pícaros franceses sean unos

demonios bien astutos para haber derrotado á un mozo tan listo como vos.

Hablando de esta manera, llegaron á la extremidad de Ripetta.

El rey detuvo el caballo de Mack por la brida.

— General, dijo, ¿qué gente es esa que entra por la puerta del Pueblo?

— Si hubieran tenido tiempo de correr diez leguas en cinco horas, diría que son los soldados de V. M. que huyen.

— Ellos son, general, ellos son. ¡Ay! vos no conocéis á esos nenes; cuando se trata de escapar tienen alas en los talones.

El rey no se equivocaba; eran los primeros fugitivos que habían corrido más de dos leguas por hora.

El rey se embozó hasta los ojos y pasó por en medio de ellos sin ser conocido.

Una vez fuera de la ciudad, siguieron por la derecha el recinto de Aureliano, hasta llegar á la puerta de San Juan, en la que el rey había recibido diez y seis días antes con tanta pompa las llaves de Roma.

— Ahora, dijo Mack, he aquí el camino, señor; dentro de una hora estaréis en Albano fuera de todo peligro.

— ¿Me abandonáis, general?

— Señor, mi deber era pensar en el rey antes que en nada; ahora debo pensar en el ejército.

— Andad, y haced lo que podáis; pero suceda lo que quiera, deseo recordéis que no soy yo quien he querido la guerra, ni quien os ha hecho dejar vuestros negocios en Viena, si es que teníais alguno, para llevaros á Nápoles.

— ¡Ay! es verdad, señor, y estoy pronto á declarar que es la reina quien lo ha hecho todo. Y ahora, que Dios guarde á V. M.

Mack saludó al rey y sacó al galope el caballo, volviéndose á Roma por donde habían venido.

— Y tú, dijo el rey por lo bajo clavando los acicates en el vientre de su caballo y lanzándolo al galope por el camino de Albano; y tú, á quien el diablo lleve, imbécil.

Ya ve el lector por estas palabras, que desde la reunión del consejo de Estado el rey no había cambiado de opinión respecto á su general en jefe.

Los dos jinetes corrían tanto, que los diez hombres de la escolta quedaron bien pronto atrás, y Fernando tenía tanta confianza en sus vasallos, que suponiendo pudiese correr algún peligro en el camino, creíase más seguro solo que en su compañía. Los diez soldados por su parte, viendo que

no los esperaban, volvieron grupas, de modo que cuando el rey y su compañero subían la cuesta de Albano, su escolta debía entrar en Roma.

En todo el camino no se le quitó al rey el miedo de encima. La campiña de Roma, de noche sobre todo, más que ningún otro país, presenta aspectos fantásticos con sus acueductos derruidos que parecen hileras de gigantes marchando en las tinieblas, sus tumbas, que se alzan á derecha é izquierda del camino y sus misteriosos rumores, que parecen lamentos de las sombras que las han habitado.

Á cada momento acercaba el rey su caballo al de su compañero, y recogiendo las riendas, para estar dispuesto á saltar un foso, le preguntaba : « ¿ Ves, Ascoli ? ¿ Oyes, Ascoli ? » Y Ascoli, más tranquilo que el rey, porque era más valiente, le respondía : « No veo ni oigo nada, señor. » Y Fernando, con su acostumbrado cinismo, añadía :

— Decía yo á Mack que no estaba seguro de ser valiente; pero ahora ya estoy seguro de que no lo soy.

De esta manera llegaron á Albano. Los dos fugitivos no emplearon más que una hora en el viaje.

Era media noche y todas las puertas estaban cerradas, incluso la de la casa de postas.

El duque de Ascoli la conoció por la inscripción

escrita encima de la puerta, bajó del caballo y llamó á grandes golpes.

El maestro de postas que estaba acostado hacía tres horas, fué, como de costumbre, á abrir de mal humor y gruñendo ; pero Ascoli pronunció estas palabras mágicas que hacen abrir todas las puertas :

— Perded cuidado, se os pagará bien.

El rostro del maestro de postas se tranquilizó inmediatamente.

— ¿ En qué puedo servir á Sus Excelencias ? preguntó.

— Un coche, tres caballos de posta y un postillón, dijo el rey.

— Sus Excelencias van á tener todo eso en un cuarto de hora, dijo el huésped.

Y luego, como empezaba á caer una lluvia fría, añadió :

— Sus Excelencias entrarán entretanto en mi aposento, ¿ no es verdad ?

— Sí, sí, dijo el rey, que tenía su plan ; tienes razón. Un cuarto, un cuarto inmediatamente.

— ¿ Y qué debo hacer de los caballos de Sus Excelencias ?

— Mételos en la cuadra ; vendrán á buscarlos de mi parte, de parte del duque de Ascoli, ¿ entiendes ?

— Sí, Excelencia.

El duque de Ascoli miró al rey.

— Yo sé lo que me digo, añadió Fernando; vamos, y no perdamos tiempo.

El huésped los condujo á un aposento donde encendió dos velas.

— Es que no tengo más que un cabriolé, dijo.

— Vaya por el cabriolé, si es fuerte.

— ¡Que si es! con él podría irse hasta el infierno.

— Yo no voy más que hasta la mitad del camino, de manera que todo nos sale á pedir de boca.

— ¿Entonces Sus Excelencias me compran mi cabriolé?

— No; pero te dejan sus dos caballos, que valen mil quinientos ducados, imbécil.

— ¿Conque los caballos son para mí?

— Si no viene nadie á reclamártelos. Si te los reclaman, te pagarán el cabriolé; pero vamos, despacha.

— En seguida, Excelencia.

Y el huésped, que acababa de ver al rey sin capa y todo cubierto de condecoraciones, se retiró de espaldas y saludando hasta el suelo.

— ¡Bueno! dijo el duque de Ascoli, vamos á ser bien servidos; las condecoraciones de V. M. han hecho su efecto.

— ¿Los crees, Ascoli?

— Ya lo ha visto V. M.; poco ha faltado para que nuestro hombre saliera á cuatro patas.

— Y bien, mi querido Ascoli, dijo el rey con la voz más cariñosa que pudo, ¿sabes lo que vas á hacer?

— ¿Yo, señor?

— Pero no, dijo el rey, quizás tú no querrás...

— ¡Señor! dijo Ascoli gravemente, yo querré todo lo que quiera V. M.

— ¡Oh! ya sé que me eres adicto, ya sé que eres mi único amigo, ya sé que eres el solo hombre á quien pueda pedir semejante cosa.

— ¿Es difícil?

— Tan difícil, que si tú estuvieses en mi lugar y yo en el tuyo, no sé si haría por ti lo que voy á pedirte que hagas por mí.

— ¡Ah, señor! esa no es una razón, respondió Ascoli con una ligera sonrisa.

— Creo que dudas de mi amistad, dijo el rey, y haces mal.

— Lo que importa en este momento, señor, replicó el duque con suprema dignidad, es que V. M. no dude de la mía.

— ¡Oh! cuando me hayas dado esta prueba, no dudaré de nada, te lo aseguro.

— ¿Qué prueba es esa, señor? Observe V. M. que pierde mucho tiempo en una cosa que probablemente será muy sencilla.

— Muy sencilla, muy sencilla, murmuró el rey; en fin ¿sabes tú con lo que se han atrevido á amenazarme esos bandoleros de jacobinos?

— Sí, con ahorcar á V. M. si cae en sus manos.

— Pues bien, mi querido amigo, pues bien, mi querido Ascoli, trátase de que cambies de traje conmigo.

— Sí, dijo el duque, para que si los jacobinos nos cogen...

— Ya comprendes: si nos cogen, creyendo que tú eres el rey, se ocuparán sólo de ti; yo, entretanto, me escurriré y entonces te darás á conocer, y sin haber corrido un gran peligro, tendrás la gloria de salvar á tu soberano. ¿Comprendes?

— No se trata del peligro más ó menos grande que yo pueda correr, señor; trátase de prestar un servicio á Vuestra Majestad.

Y el duque, quitándose la casaca y presentándola al rey, se contentó con decir:

— La vuestra, señor.

El rey, á pesar de su profundo egoísmo, sintióse conmovido de tanta abnegación; echó los brazos al cuello del duque y le oprimió contra su pecho.

Luego, quitándose su propia casaca, ayudó al duque á ponérsela con la presteza y agilidad de un ayuda de cámara experimentado, abotonándosela de arriba abajo, á pesar de los esfuerzos que el duque hacía para impedirlo.

— ¡Así! dijo el rey; ahora los cordones.

Y empezó por ponerle al cuello el de San Jorge Constantiniense.

— ¿No eres tú comendador de San Jorge? preguntó el rey.

— Sí, señor; pero sin encomienda. Vuestra Majestad me había prometido fundar una para mí y para mis descendientes.

— La fundo, Ascoli, la fundo con una renta de cuatro mil ducados, ¿lo oyes?

— Gracias, señor.

— No te olvides de hacerme pensar en ello; porque yo sería capaz de olvidarlo.

— Sí, dijo el duque con un leve sentimiento de amargura; V. M. es muy distraído, ya lo sé.

— ¡Chitón! no hablemos de mis defectos en las actuales circunstancias; eso no sería generoso. ¿Pero al menos tendrás el cordón de María Teresa?

— No, señor, no tengo ese honor.

— Yo haré que mi cuñado te lo dé, pierde cui-

— ¿De modo, pobre Ascoli, que no tienes más que San Gennaro?

— Tengo San Gennaro lo mismo que María Teresa, señor.

— ¿No tienes San Gennaro?

— No, señor.

— ¿No tienes San Gennaro? ¡Cáspita! eso es una vergüenza. Te lo doy, Ascoli; te lo doy con la placa que tienes en el pecho; la has ganado bien. ¡Qué bien te sienta la casaca! diríase que la han hecho para ti.

— ¿Ha observado bien V. M. que la placa es de diamantes?

— Sí, á fe.

— ¿Y que vale quizás seis mil ducados?

— Yo quisiera que valiese diez mil.

El rey vistió á su vez la casaca del duque y se la abrochó apresuradamente.

— Es particular, dijo, lo bien que me hallo en tu casaca, Ascoli; yo no sé por qué, pero la otra me ahogaba. ¡Ah!...

Y el rey respiró con toda su fuerza.

En aquel momento oyéronse los pasos del maestro de postas, que se acercaba á la habitación.

El rey cogió la capa y se dispuso á echarla sobre los hombros del duque.

— ¿Qué hace V. M.? exclamó Ascoli.

— Os pongo la capa, señor.

— Pero yo no permitiré nunca que V. M....

— Sí que lo permitirás, ¡pardiez!

— Sin embargo, señor...

— ¡Silencio!

El maestro de postas entró.

— Los caballos están enganchados al coche de Sus Excelencias, dijo.

Al decir esto sorprendióse, pareciéndole que se había obrado entre los dos personajes un cambio de que no acertaba á darse cuenta, y que la casaca bordada y las condecoraciones habían cambiado de dueño.

Durante este tiempo el rey arreglaba el embozo de la capa de Ascoli.

— Su Excelencia, dijo el rey, para no ser molestado en el camino, quisiera pagar las postas hasta Terracina.

— Nada más fácil, dijo el maestro de postas; tenemos ocho postas y cuarto; á dos francos cada caballo, hacen trece ducados; dos caballos de refuerzo á dos francos, un ducado; en todo catorce ducados.

— ¿Cuánto pagan Sus Excelencias á los postillones?

— Un ducado si andan bien; sólo que á los postillones no les pagamos adelantado, en atención á que no andarian si se les pagase.

— Con un ducado de agujetas, dijo el maestro de postas inclinándose ante Ascoli, Vuestra Excelencia andará como el rey.

— Justamente, exclamó Fernando, Su Excelencia quiere andar como el rey.

— Pero me parece, dijo el maestro de postas dirigiéndose siempre al de Ascoli, que si Su Excelencia lleva tanta prisa, podría enviarse un correo delante para mandar que preparen los caballos.

— ¡ Enviadlo, enviado! exclamó el rey. Su Excelencia no piensa en eso. Un ducado para el correo, medio ducado para el caballo, son cuatro ducados de más para el caballo; catorce y cuatro, diez y ocho ducados, aquí tenéis veinte. La diferencia será por la molestia que hemos causado en vuestra casa.

Y el rey metiendo la mano en el bolsillo del chaleco de Ascoli, pagó con el dinero del duque, riéndose de la partida que le jugaba.

El huésped tomó una vela y alumbró á Ascoli, en tanto que Fernando, con la mayor solicitud, le decía :

— Tenga cuidado Vuestra Excelencia, aquí hay

un mal paso; tenga Vuestra Excelencia cuidado, aquí falta un escalón á la escalera; Vuestra Excelencia tenga cuidado, que hay un madero en el camino.

Al llegar al carruaje, Ascoli, por costumbre sin duda, se apartó á un lado, para que el rey subiese primero.

— ¡ Jamás, jamás ! exclamó el rey inclinándose y quitándose el sombrero. Después de V. E.

Ascoli subió primero y quiso tomar la izquierda.

— La derecha, Excelencia, la derecha, dijo el rey, es demasiado honor para mí montar en el mismo coche que Vuestra Excelencia.

Y subiendo después del duque, el rey se colocó á su izquierda.

Un postillón montando de un salto á caballo lanzó el carruaje al galope por el camino de Velletri.

— Todo está pagado hasta Terracina, excepto el postillón y el correo, gritó el maestro de postas.

— Y Su Excelencia, dijo el rey, paga agujetas dobles.

Á esta seductora promesa, el postillón hizo crujir su látigo, y el cabriolé partió al galope, pasando por delante de las sombras que se veían moviéndose á ambos lados del camino con extraordinaria velocidad.

Estas sombras inquietaban al rey.

— Amigo, preguntó al postillón, ¿ qué gentes son esas que llevan el mismo camino que nosotros y que corren como desesperados?

— Excelencia, respondió el postillón, parece que hoy ha habido una batalla entre los napolitanos y los franceses, y que los napolitanos han sido derrotados; éstos son fugitivos.

— ¡ Por vida mía, dijo el rey á Ascoli, yo creía que éramos los primeros y nos han adelantado! ¡ Eso es humillante; y qué piernas tienen esos mozos! Postillón, eis francos de agujetas si los adelantáis.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO III

Las inquietudes de Nelson.

Entretanto que en el camino de Albano á Velletri el rey Fernando apostaba á correr con sus súbditos, la reina Carolina, que no conocía aún más que los triunfos de su augusto esposo, hacía cantar el *Te-Deum* en todas las iglesias, y canciones en todos los teatros. Toda capital, París, Viena, Londres, Berlín, tiene sus poetas de circunstancias; pero, digámoslo para gloria de las musas italianas, ningún país, en cuanto á la lisonja rimada, puede competir con Nápoles. Parecía que desde la partida del rey y sobre todo desde su triunfo, su verdadera vocación se había revelado de repente á dos ó tres mil poetas. Aquella era una lluvia de odas, de cantatas, de sonetos, de acrósticos, de cuartetos, de dísticos que amenazaba convertirse en diluvio. Las cosas habían llegado al punto de que considerando inútil ocupar al poeta oficial de la corte, el señor

29965